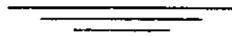
ARQUEOLOGIA CUZCATLECA

Vestigios de una población pre-máyica en el valle de San Salvador, C. A., sepultados bajo una potente capa de productos volcánicos
Antigüedad del hombre en dicho valle.

POR

Jorge Lardé

Profesor del Instituto.
Director del Observatorio Sismológico de El Salvador



Contribución al III Congreso Científico Panamericano





San Salvador, C. A. — 1924

ARQUEOLOGIA CUZCATLECA

Vestigios de una población pre-máyica en el valle de San Salvador, C. A., sepultados bajo una potente capa de productos volcánicos — Antigüedad del hombre en dicho valle.

POR

Jorge Lardé

Profesor del Instituto.

Director del Observatorio Sismológico de El Salvador

Contribución al III Congreso Científico Panamericano



SAN SALVADOR, C. A. — 1924

IMPRENTA NACIONAL

Por el Prof. Don Jorge Lardé

ARQUEOLOGIA CUZCATLECA

Vestigios de una población pre-máyica en el valle de San Salvador, C. A., sepultados bajo una potente capa de productos volcánicos.

Antigüedad del hombre de dicho valle.

I

En febrero de 1917, recién venido de estudiar la región fosilífera de San Juan del Sur (Departamento de Morazán), conversando con el distinguido profesor doctor Carlos Renson, éste tuvo la bondad de indicarme que el Sr. Mac. Intire, abriendo un pozo en el barrio de Concepción (región NE. de San Salvador), había encontrado como a cinco o seis varas de profundidad y en la tierra negra que está debajo de la blanca, algunos utensilios de loza, de los que antaño solían hacer los indios de esta comarca.

El hallazgo de utensilios arqueológicos no era cosa extraordinaria, pues el territorio salvadoreño está casi cubierto de ellos y aquí en San Salvador, en diversas ocasiones y lugares, al abrir pozos, generalmente de letrinas, se han encontrado con frecuencia objetos de esa clase.

La importancia del dato que me dió el doctor Renson estaba en la indicación precisa de las condíciones de yacimiento de dichos utensilios indianos: «....en la tierra negra que está debajo de la blanca....», «....a cinco o seis varas de profundidad» Voy a explicarme.

La tierra negra en donde se encontraron los objetos arqueológicos aludidos es tierra vegetal que en otro tiempo formó la superficie del suelo, y la tierra blanca que la cubre es ceniza volcánica caída allí posteriormente. Eso hace pensar en la posibilidad de que dichos objetos arqueológicos hubieran sido no enterrados por el hombre, sino abandonados por éste en la tierra vejetal en que se encuentran, y sepultados posteriormente por la lluvia de ceniza volcánica (tierra blanca) caída sobre ellos.

Por otra parte, el hecho de estar precisamente en la tierra vejetal que en otro tiempo fué la superficie del suelo, y sobre todo el de la gran profundidad a que se han encontrado dichos utensilios (como 5 m.), indican que el hombre los abandonó en ese suelo y que la ceniza volcánica (tierra blanca pumítica) cayó sobre ellos posteriormente. En efecto: la gran profundidad (5 m.) excluye la posibilidad de que hayan sido utensilios enterrados en las ceremonias fúnebres, pues antes se acostumbraba enterrar a menos profundidad que ahora, tanto que los restos funerarios indígenas se encuentran casi al nivel del suelo, y aun ahora si los muertos se entierran a cierta profundidad es porque así lo exige la ley, y esa profundidad nunca llega ni a tres metros, y ¿para qué iban a enterrar los indios dichos objetos a tan gran profundidad? Por otra parte, el hecho de que se han encontrado utensilios de loza completamente enteros indica que no fueron enterrados accidentalmente, al rellenar un pozo por ejemplo, pues entonces estarían todos rotos.

En fin, el hecho de que antes en numerosos lugares de la capital se habían encontrado utensilios indianos siempre a gran profundidad, al abrir pozos (para letrinas, etc.) y no en pequeñas escavaciones (para sembrar horcones, etc.), esto es, el hecho de esa gran extensión del yacimiento arqueológico profundo, indicaba que no se trataba de un hecho aislado, local ni fortuito (el observado al abrir el referido pozo de Concepción), sino de un yacimiento general, esparcido por toda la tierra vejetal de la región y recubierto después por las cenizas aludidas.

Pero hasta aquí sólo indicios y probabilidades: faltaba la prueba, hacer excavaciones, y observar con cuidado; pero esto era cuestión de dinero o de tiempo, y faltando lo primero había que esperar las escavaciones que con otro fin se hicieran, para observar mejor los hechos.

II

En junio del mismo año (1917) empecé un estudio detallado del volcán de San Salvador, y entre los diversos fines que me propuse fué el de establecer su historia en vista de su forma, estructura y productos eruptivos. Como las capas de tierra blanca de los alrededores de San Salvador están formadas ciertamente de cenizas volcánicas, las que podían ser del volcán vecino (aunque después he conocido que tienen otra procedencia), me puse a estudiarlas, detenidamente, observándolas en los cortes del terreno hechos naturalmente (barrancos, valles de erosión) o por la mano del hombre (caminos).

No hacía mucho tiempo que habían abierto la parte de camino trazado de N. a S. entre la Quinta Modelo y el cuartel de El Zapote (Barrio de San Jacinto), y allí estaba un día contando las capitas de ceniza y pumitas de la tierra blanca, cuando noté, en la parte superior de la capa de tierra negra que está bajo de aquella, unos fragmentos de utensilios de loza, los que, según pensé en ese momento habrían sido metidos lateralmente por algún muchacho que vagaba por ese camino recientemente abierto; pero luego, encontré en la misma capa un fragmento de cuchillo de obsidiana bien tallado, lo mismo que un fragmento de hueso y carbón de leña, y eso me hizo recordar el dato que me suministró el doctor Renson, y examinar cuidadosamente los fragmentos de loza, los que encontré ser de origen indiano pre-colombino.

Como la capa de tierra blanca tiene una potencia media de cuatro a cinco metros, resulta que los objetos arqueológicos que allí encontré en la tierra negra que está debajo de ella tenían la misma posición que los en-

contrados en Concepción por el señor Mac. Intire, exactamente la misma. ¿Es esa una coincidencia fortuita o hay correspondencia causal?

Los objetos arqueológicos que descubrí cerca de la Quinta Modelo ¿habían sido abandonados por el hombre en el suelo vegetal y cubiertos después por las cenizas volcánicas, o por el contrario, fueron enterrados por el hombre posteriormente a la erupción que arrojó esas cenizas?

III

Una de las primeras hipótesis de investigación que formulé, como he dicho, fué la de que en el referido corte, recién hecho, algún muchacho se había entretenido metiendo lateralmente los referidos fragmentos de utensilios indianos; pero ¿de dónde tomarían esos restos arqueológicos para meterlos precisamente y en gran cantidad en la parte superior de la tierra negra, esto es, en la tierra que en otro tiempo fué la superficie del suelo?

Sin embargo, examinando los contornos observé que también encima de la tierra blanca se encuentran restos de utensilios indianos, de los que más tarde llegué a la convicción de que algunos eran los últimos vestigios del Antiguo Cuzcatlán que se extendió de San Jacinto a Santa Tecla, y otros más antiguos aún. Así, pues, el muchacho de nuestra hipótesis pudo haber tomado dichos restos arqueológicos de la superficie superior de la tierra blanca y meterlos en la superior de la negra, hipótesis que aunque posible no era probable. ¿Cómo resolver las dificultades?

Pues sencillamente, cavando horizontalmente, siguiendo la parte superior de la tierra negra. Así lo hice, y encontré que aún bien adentro se continuaban encontrando los referidos restos arqueológicos, de tal modo que no era posible que hubieran sido metidos horizontalmente por el corte y tapado después el agujero.

Por otra parte, por las capitas bien formadas de tierra y granos de pómez se veía claramente que el

terreno no había sido removido, que allí no había sido cavado ni horizontal, ni verticalmente.

Cuando se abre en la tierra un pozo, fosa u hoyo cualquiera y se rellena después las capitas de tierra que antes había no aparecen en la parte rellenada, la tierra de una capita se ha mezclado con las otras y desaparece en ese punto la continuidad de cada una de ellas. Por eso se nota bien en un corte de terreno, si éste ha sido removido o si se encuentran los materiales tal como fueron depositados por los agentes naturales. Pues bien, la tierra que cubre a los objetos arqueológicos en referencia no ha sido removida: las capitas de tierra, aún las más cercanas a ellos, no presentan ninguna solución de continuidad y ninguna alteración artificial; se encuentran tal como se depositaron, y en consecuencia, los referidos objetos arqueológicos no han sido enterrados por el hombre.

Como gran parte de la prueba de esta conclusión descansaba sobre el hecho de observación de que el terreno no había sido removido por el hombre, es decir, que las capitas de tierra blanca y pumitas estaba bien formadas, aún en los puntos en que cubrían a los objetos arqueológicos, sin presentar las soluciones de continuidad que existen en los rellenos artificiales, repetí dicha observación en gran número de casos, haciendo raspados verticales para cerciorarme completamente del referido hecho, y para evitar cualquier influencia personal, he llevado a varios amigos a repetir la observación, y cualquiera puede ir a hacerla, fijándose de no confundir el referido yacimiento arqueológico con unos fosos rellenados que hay allí cerca.

Mi estimado amigo, doctor Salvador Calderón, hizo varias perforaciones laterales de importancia en el referido yacimiento con idénticos resultados.

El hecho de que dichos objetos arqueológicos no fueron enterrados por el hombre, sino sepultados por fuerzas naturales quedaba, pues, plenamente probado, no sólo por el hecho de que la tierra que los cubre no ha sido removida, sino por la extensión y disposición de los depósitos.

Si los referidos utensilios indígenas hubieran sido enterrados por el hombre, estarían por montones, y no extendidos por todo el plano superior de la tierra negra.

En el corte puede verse claramente que ésta es un producto de alteración subaérea de la roca subyacente, y que los referidos objetos raras veces se encuentran enterrados a más de cinco centímetros a partir de la superficie superior de la tierra negra: esos utensilios están situados en la tierra vegetal que antes fué la superficie del suelo, del mismo modo que en un pueblo actual de indios, quedan abandonados los fragmentos de cántaros, hoyas, batidores y otros cacharros en la superficie del suelo.

La capa de cenizas volcánicas (tierra blanca) los cubrió después.

IV

Si mal no recuerdo, debo a mi estimado amigo doctor Calderón la siguiente objeción a una parte de la conclusión a que había llegado. Lo que estaba fuera de toda duda era que los objetos arqueológicos en cuestión no habían sido enterrados por el hombre, sino abandonados sobre la superficie del suelo y cubiertos después por las referidas capas de tierra blanca; lo que se ponía en duda era cómo esas capas se habían colocado sobre la antigua superficie del suelo. Yo pensaba que la ceniza había caído encima, esto es, que había caído una lluvia de cenizas como la del Cosigüina o como la que sepultó a Pompeya; pero se me objetaba que era posible que las capas de tierra blanca se hubieran deslizado de una parte alta sobre el antiguo suelo.

Ese deslizamiento no sería extraño en la historia geológica, y por lo tanto, a priori, no podía rechazarse la hipótesis del deslizamiento, y me puse a estudiar esta eventualidad y a buscar todas las razones que hubieran en pro y en contra.

En primer término recordé que en 1878 con el terremoto de Jucuapa y Chinameca una gran parte de las

capas superficiales de aquel volcán se deslizó sobre otras inferiores, que en 1906 en Panchimalco, después del gran temporal, se deslizó como una manzana de tierra blanca sobre la superficie de la negra semiarcillosa en que reposa.

Por otra parte, la capa de tierra blanca de los alrededores de San Salvador se encuentra plegada, con muchas plegaduras que no corresponden a las de los estratos subyacentes, de modo que para plegarse ha habido necesidad de un deslizamiento, sobre éstos. El deslizamiento, pues, no sólo es posible sino que se ha operado realmente.

Pero, ¿ha tenido ese deslizamiento la amplitud necesaria para llegar a cubrir la tierra de los objetos arqueológicos en tan grande extensión?

Notemos que en los casos de 1878 y 1906 el deslizamiento ha tenido lugar en pendientes máximas, de fuerte valor, y no de los que existen en el lugar en que se encuentra dicha tierra blanca. Por otra parte, el deslizamiento que implican dichos pliegues independientes no son suficientes para sostener dicha suposición, pues además de éstos, existen los pliegues generales que implican que las capas de tierra blanca se han depositado encima. En fin, ¿cuál es la altura de donde se deslizó? No ciertamente de la Cadena Costera ni del cerro de San Jacinto, de los que está separado por fuertes distancias y dimensiones; el punto más elevado cercano al yacimiento arqueológico indicado queda al E. en el cuartel de El Zapote, en donde está cubierta la tierra arqueológica por la misma capa de tierra blanca y con el mismo espesor, lo que excluye evidentemente la suposición de que dichos objetos arqueológicos hayan sido sepultados por el escurrimiento de la tierra blanca sobre la negra, y prueba además que la tierra blanca se ha formado (ha caido) sobre la negra.

Examinando cuidadosamente la región arqueológica de W. a E. se puede ver que tanto la capa de tierra negra como la blanca, primero ascienden ligeramente inclinadas, luego toman una convexidad casi horizontal y luego descienden, de modo que es imposible admitir que la tierra blanca ha llegado allí por deslizamiento, y es necesario aceptar que se ha depositado allí mismo,

y por lo tanto, que los objetos arqueológicos son anteriores a la formación de las capas de tierra blanca. La zcna arqueológica es un terreno elevado, un pliegue terrestre situado entre dos depresiones, que no pudieron permitir el deslizamiento que implica aquella suposición.

V

Por otra parte, la gran extensión del yacimiento arqueológico excluye la supocición de que la tierra blanca los haya cubierto por deslizamiento sobre el antiguo suelo· En el barrio de Concepcion se han encontrado esos objetos en ese suelo, debajo de la tierra blanca, como a cinco varas de profundidad; en los barrios de San José, Santa Lucía y El Calvario se han encontrado enterrados diversos utensilios indígenas, no sé en qué capa terrestre, pero sí a gran profundidad; el doctor Doroteo Fonseca ha tenido la bondad de indicarme que en un terreno que tiene cerca de Ayutuxtepeque al hacer un corte de una lomita encontró una tinaja y otras cosas de factura indiana; yo he sacado fragmentos de utensilios indianos, además del citado lugar, en la tierra negra arcillosa, que está bajo de la blanca y que se ve en el corte que se ha hecho en el barrio de Candelaria para prolongar la calle que pasa entre Catedral y la Universidad; el doctor Joaquín Hernández me manifestó haber encontrado en unas excavaciones al E. de la iglesia de San Jacinto varios utensilios indígenas, y el doctor David Rosales tuvo la bondad de indicarme que le habían obsequiado un objeto de loza indiano sacado de un corte practicado en la Quinta Natalia, y a un kilómetro de El Zapote. Cerca del camino de San Marcos abriendo un pozo para letrina se encontraron, bien hondo, un cantarito y un vaso de loza indiana; yo he seguido la capa arqueológica por todas las barrancas y cortes de caminos situados al sur de San Salvador, y he encontrado fragmentos arqueológicos de distinta clase, lo mismo que en el camino de Huizúcar y Panchimalco, y siempre en las mismas condiciones: en el antiguo suelo que está bajo las cenizas

pumíticas (tierra blanca). En la propia cima de la Cordillera Costera, al S. de San Salvador, en el valle de Los Planes, he encontrado en las mismas condiciones, fragmentos de loza indiana, carbón de leña y cuchillos de obsidiana. Posteriormente en el corte recientemente hecho para establecer la vía férrea de Oriente, he encontrado y siempre en la misma capa, objetos arqueológicos, en algunos puntos a más de 12 m. de profundidad. Y hace poco he encontrado puntas de lanza de obsidiana, cuchillos, etc. indianos, en la misma capa de tierra vegetal situada bajo la de cenizas volcánicas en los cortes del camino de Soyapango, en San Sebastián y en Aculhuaca y Cuzcatancingo.

Estos últimos datos prueban también elocuentemente que los objetos arqueológicos no han sido cubiertos por deslizamiento de la tierra blanca sobre la negra, pues ¿de donde se iba a deslizar la que está en la parte más alta, en la propia cresta de la Cadena Costera cubriendo también los objetos arqueológicos?

Por fin, otro hecho en contra de la suposición del escurrimiento es la gran extensión de los depósitos de tierra blanca y el hecho de que ésta reposa sobre un antiguo suelo, sobre una capa cuya parte superior constituyó en otro tiempo la superficie continental.

Sobre esto trataré más adelante, y por ahora nos basta con concluir que las capas de cenizas volcánicas (tierra blanca) se han depositado sobre los objetos arqueológicos, o sea, que la formación de las referidas capas es posterior a los objetos arqueológicos, esto es, que las capas de tierra blanca se han formado después de la existencia del indio en estos lugares.

VI

En el curso de la investigación se me presentaron, como era de esperarse, algunas dificultades, entre ellas, una de gran importancia y de trascendentales consecuencias, y de la cual voy a tratar en este artículo.

En la capa de cenizas pumíticas (tierra blanca) existen algunos granos arenáceos redondeados, lo que parece indicar qne las cenizas se depositaron en el fondo de las aguas.

El explorador alemán Sapper considera a los terrenos de San Salvador como aluviones recientes, pero no dice si son de formación subaérea o neptunianas, y mi estimado amigo doctor Calderón y yo nos inclinamos al principio a reconocer un orígen neptuniano de la tierra blanca de los alrededores de San Salvador. Esta conclusión se me imponía más a causa de existir en la parte más baja de este valle (Valle de Quetzalcoatitán, Valle de las Hamacas, Valle de Cuzcatlán, o Valle de San Salvador) depósitos de arena y gravas, de orígen francamente neptuniano y sincrónico con los depósitos de tierra blanca.

Admitido el carácter neptuniano de estos depósitos, y en vista de los hechos ya plenamente establecidos (existencia del indio sobre la tierra cubierta por ellas, es decir, por las capas de tierra blanca), preciso era admitir que después de haber vivido aquí los primeros indios, el Valle de Quetzalcoatitán (o de San Salvador) estuvo cubierto por las aguas.

Y no sólo eso: como los depósitos de tierra blanca cubren también la Cadena Costera, era preciso admitir que esta montaña estuvo también cubierta por las aguas en época reciente (después de haber vivido aquí los primeros indios), es decir, que la tierra estuvo primero emergida, luego sumergida en las aguas y por fin, de nuevo emergida.

La consecuencia, como se ve, era extremadamente grave, y había que examinar, por lo tanto, con sumo cuidado, lo que habrá de cierto acerca del carácter neptuniano de las cenizas volcánicas con granos de pómez.

VII

Era, pues, necesario establecer con claridad si las referidas capas de cenizas feldespáticas (tierra blanca) que cubren a los objetos arqueológicos se depositaron en el fondo del agua o simplemente en el suelo, en el

fondo de la atmófera. Los sabios geólogos franceses Dollfus y de Montserrat consideran la tierra blanca de los alrededores de San Salvador como cenizas volcánicas de formación subaérea, mientras que Sapper la clasifica, como se ha dicho, lo mismo que a los terrenos costeros, como aluviones recientes.

La capa de cantos rodados y gravas más o menos sincrónicas con una parte de las capas de cenizas, prueban ciertamente la presencia del agua en el Valle de San Salvador. Pero esa capa sólo la he encontrado en la parte más baja de ese valle; de modo que el régimen lacustre o fluvial que depositó esas capas, por cierto de corta duración, sólo se extendió por los barrios de San Jacinto, Candelaria, La Vega, San Esteban y Concepción, y eso no del todo. Ahora bien, el sincronismo con parte de las capas de tierra blanca, esto es, el hecho que se hayan formado simultáneamente, no prueba que la blanca sea también sedimentaria.

Por otra, el lecho de arenas que se encuentra entre las capas de tierra blanca aun en la cima de la Cadena Costera, sobre la capa arqueológica, aunque por el carácter un poco redondeado de sus granos pudiera considerarse como detritos rodados, no puede serlo en absoluto, puesto que acontece con frecuencia en las erupciones de arena que cuando las gotas de lava son lanzadas líquidas, forman granos de arena redondeados, que parecen así como desgastados por la acción de las corrientes.

Esos hechos hacen ver que cuando se trata de cenizas volcánicas hay que tener mucha prudencia al establecer las condiciones acuosas o aéreas de su deposición.

Para el caso que consideramos hay dos hechos que ponen de manifiesto que la capa de tierra blanca no se ha depositado en el fondo de las aguas sino que está constituida de productos de sedimentación aérea, como la mayor parte de los depósitos continentales de cenizas volcánicas. Uno de ellos es el hecho de que el filo de la cadena costera (Los Planes al Sur de San Salvador) existen dichos objetos arqueológicos en la capa vegetal cubierta por las cenizas pumíticas en referencia (tierra blanca), de modo que si se admite que dichas cenizas

se depositaron en el fondo de las aguas, preciso sería aceptar que dicha montaña estuvo cubierta por las aguas después de haber estado habitada por los que usaron los referidos objetos arqueológicos y que el pliegue costero de El Salvador se formó en época reciente; pero esto no es así, pues la cadena costera emergió sobre las aguas marinas en los tiempos terciarios.

El otro hecho es que la tierra blanca conserva trazas inequívocas de que se depositó en el fondo de la atmósfera, en superficie emergida, en momentos en que caía agua. En los puntos en que la erosión pluvial se hace sentir en la tierra blanca, se ven en ella unos gránulos o cuerpecillos arredondados formados de la misma materia cineriforme que el resto de los estratos; esos oolitos se forman cuando hay abundancia de cenizas al mismo tiempo que llueve; el agua de lluvia mientras viene cayendo se une a algunas porciones de las cenizas volcánicas suspendidas en la atmósfera, formando pequeñas masas de lodo que continúan cayendo a la par del resto de la ceniza y dotadas de un movimiento de rotación; la formación de estos oolitos en momentos de fuertes erupciones con lluvia, se han observado repetidas veces y se ha observado que cuando cae en el agua el lodo que forman esos cuerpecillos, estos se diluyen como el resto de las cenizas, y forman en el fondo de ellas capas de cenizas sin cuerpecillos redondeados. Así, pues, la presencia de esos oolitos en la tierra blanca de los alrededores de San Salvador prueba que las cenizas volcánicas en referencia no se depositaron en el fondo de las aguas, sino sobre la superficie del continente, y que cuando se produjo la erupción que les dió origen, estuvo lloviendo agua al par que las cenizas.

Los habitantes de Quetzalcoatitán en aquel entonces tuvieron que huir espantados llevando todo cuanto pudieron, a tierras lejanas del foco volcánico, si no es que ya desde antes hubieron abandonado ese lugar.

A juzgar por la importancia de los depósitos de cenizas, la erupción del Cosigüina en 1835 (año de la Polvazón) no sería suficiente para darnos cuenta de la

magnitud de las manifestaciones volcánicas habidas cerca de San Salvador y que dieron origen a la referida capa de tierra blanca y pómez, en cuatro o más períodos eruptivos.

VIII

La abundancia de focos volcánicos y sísmicos hace un poco difícil la investigación del centro eruptivo que dió origen a la tierra blanca y granos de piedra pómez que cubrió los restos arqueológicos del Valle de Quetzalcoatitán.

Lo primero que se ocurre es atribuirla al volcán vecino, llamado de San Salvador; pero al examinar los depósitos volcánicos se nota que la capa de la tierra blanca en referencia se adelgaza hacia el W., de modo que al otro lado del referido volcán ya no existe. Si el volcán de San Salvador hubiera sido entonces el centro eruptivo, la tierra blanca cubriría todos los alrededores del volcán, especialmente al W. y S., ya que los vecinos dominantes son los que vienen de los rumbos orientales comprendidos entre el N. y el S. Esta observación nos hace buscar el foco hacia el E. de San Salvador.

Pero antes debemos detenernos en esta ciudad. En 1854, en vista de que el terremoto había sembrado de ruinas únicamente la ciudad de San Salvador, se concluyó con mucha razón, que el foco del terrémoto estaba precisamente debajo de la ciudad. Ese hecho, unido a que debajo de esta capital existe gran cantidad de lava y otros productos volcánicos, hicieron creer que San Salvador está situada sobre un antiguo cráter volcánico rellenado posteriormente, lo que tendría su comprobación en el hecho de que los fuentes termales de El Coro, La Chacra, El Fraile y Agua Caliente, no pertenece al Cerro de San Jacinto, del que están separadas por el río Acelhuate, sino a San Salvadador, y las lavas volcánicas que se encuentran en esa región de fuentes termales no existe al otro lado del río, sino que se prolongan por debajo de San Salvador.

No discutiré esa teoría, pues se sale del fin de este trabajo y sólo haré observar que si la erupción en referencia se hubiera verificado por allí, las cenizas volcánicas no cubrirían el suelo en ese punto, y los objetos arqueológicos habrían sido lanzados también.

Recorriendo el camino que de aquí va a Cojutepeque, de éste a Analquito, de aquí a los Tepezontes, y Masahuas, Olocuilta y San Salvador, es decir a todo el rededor del Lago de Ilopango, se encuentra esa capa de tierra blanca. Un examen detenido me ha hecho ver que los depósitos de tierra blanca tienen por centro el Lago de Ilopango con un radio de 16 kilómetros por término medio, aunque denudados en algunos pocos puntos. Eso permite establecer que la espantosa erupción que cubrió a los referidos objetos arqueológicos tuvo por centro el volcán del Lago de Ilopango.

Como Cuzcatlán se fundó en el siglo XI (1054 E. C.) en parte sobre la capa de tierra blanca, resulta indudable que la referida erupción tuvo lugar antes de ese siglo.

La capa de cenizas (tierra blanca pumítica) está dividida en cuatro o cinco series de pequeños estratos (capitas), separadas las series por superficies de denudación, y una de ellas en parte transformada en tierra vejetal, lo que indica grandes períodos entre la deposición de una serie y otra. Ahora bien, entre la antepenúltima y la penúltima serie se encuentran vasos y otros utensilios francamente semejantes a los del arte maya de Copán en el siglo V (Lothrop), y por lo tanto, podemos decir que la antepenúltima de esas series de erupciones es anterior al siglo V las series anteriores más antiguas aun, y los objetos arcáicos situados bajo todas esas series, todavía más antiguas, tal vez anteriores a la era cristiana, dado el tipo arcáico de esos objetos y su semejanza con los de la basura arqueológica más antigua de Copán (anteriores ciertamente al siglo I). Sobre de ellas se encuentran utencilios náhuates.

Los códices indianos hablan de un tiempo en que llovió recina ardiendo (erupción), el aire era asfixiante, los hombres se agarraban de los árbales y éstos no los

querían, los repelían (terremoto) y hubo una gran inundación... ¿A qué país se refieren? ¿Comprendió el antiguo Tlapala al Valle de Quezalcoatitán? ¿Será aquel relato el recuerdo de la espantosa erupción de cenizas y piedra pómez, y de las lluvias que cayeron en donde hoy está San Salvador, y que tuvo lugar por el cráter del Ilopango?

¡Quién sabe!

El hecho cierto es que en los tiempos prehistóricos existió en el Valle de San Salvador (Cuzcatlán o Quetzalcoatitán) un pueblo indiano pre-máyico cuyos vestigios fueron sepultados por las cenizas de innumerables erupciones vólcánicas del Ilopango, constitutivas a cuatro grandes períodos.

Para concluir debo agregar que la referida capa de tierra vegetal encierra entre Santa Tecla y Colón restos de mastodontes, bastante bien conservados, lo que prueba que entre la existencia del mastodonte y la del hombre en dicha superficie de tierra vegetal no debe haber transcurrido mucho tiempo, pudiendo haber sido contemporáneos, aunque de esto no tenemos pruebas.

JORGE LARDÉ.




BIBLIOTECA NACIONAL
BN
1000597796

